

# Las adicciones y la pasión por la ignorancia

SERGIO C. STAUDE\*

Escuela Freudiana de Buenos Aires, Argentina.

## Las adicciones y la pasión por la ignorancia

## Addictions and the passion for ignorance

## Les addictions et la passion de l'ignorance

### Resumen

Exploramos las relaciones entre saber del analista, saber del adicto, y pasión por la ignorancia. El del analista es fruto de dos prácticas, la clínica y la teórica sin cuya articulación corre el riesgo de transformarse en dogma y fuente de resistencia. El del adicto, referido a la técnica y a un supuesto saber del goce, vela la situación dramática de las adicciones. Ambos complotan como resistencias y obstaculizan la clínica actuando como pasión por la ignorancia respecto del saber inconsciente. Estas tribulaciones de saber y pasión por la ignorancia se articulan con la cuestión del amor y con las condiciones que impone el discurso capitalista.

**Palabras clave:** enigma del tóxico, saberes supuestos, saber e ignorancia, valor del amor, discurso capitalista

### Abstract

We explore the relations among the analyst's knowledge, the addict's knowledge, and passion for ignorance. The knowledge of the analyst is the fruit of two practices: clinical practice and theoretical practice without whose articulation it runs the risk of turning into dogma and a source of resistance. That of the addict, referred to a technique and to the assumption of a knowledge of *jouissance*, masks the dramatic situation of addictions. Both concur as resistances and impede the treatment, acting as a passion for ignorance with regard to unconscious knowledge. These perturbations of knowledge and the passion for ignorance are joined to the question of love and to the conditions imposed by capitalist discourse.

**Keywords:** enigma of toxics, assumed knowledge, knowledge and ignorance, value of love, capitalist discourse

### Résumé

Nous proposons une exploration entre le savoir de l'analyste, le savoir du toxicomane et la passion de l'ignorance. Le savoir de l'analyste est le fruit de deux pratiques, la clinique et la théorique, car sans cette articulation il risque de devenir dogme et source de résistance. Celui du toxicomane, qui se réfère à la technique et à un supposé savoir de jouissance, voile la situation dramatique des addictions. Tous deux complotent à titre de résistances et font obstacle à la clinique en agissant en tant que passion de l'ignorance face au savoir inconscient. Ces tribulations de savoir et de passion de l'ignorance sont liées à la question de l'amour et aux conditions imposées par le discours capitaliste.

**Mots clés:** énigme du toxique, savoirs supposés, savoir et ignorance, valeur de l'amour, discours capitaliste"



\* staude@ciudad.com.ar

“Duele intensamente ese carozo de imposibilidad  
en el centro de la vida misma”.

YASUNARI KAWABATA, *EL SONIDO DE LA MONTAÑA*.

**D**esde la pluralidad de nombres con que se etiquetan las prácticas adictivas: drogodependencia, adicción a las drogas o adicción a secas, toxicomanía, para nombrar las más habituales, advertimos que es necesario aun hoy, o sobre todo hoy día, buscar modos de interrogar lo que podemos llamar *el enigma del tóxico y los supuestos saberes sobre él*. Enigma que se intenta resolver apelando a la interdisciplina que muchas veces no hace sino multiplicar lo indecible del acto tóxico y el porqué de su recurrencia. El *saber* que se construye en torno a las adicciones, un saber que suele pecar de apresuramiento en sus conclusiones tal vez motivado por la urgencia de intervención, no hace sino ocultar muchas veces aquello que el mismo consumo y las razones que lo justifican también velan: la dramática subjetiva de quien consume. Un saber que corre el riesgo de ser fuente de encubrimiento y de resistencia al hallazgo de aquella verdad subjetiva que el tóxico encubre.

Este tropiezo, esta dificultad, no dejó de estar presente en la práctica psicoanalítica en su encuentro con esta problemática. Toda la clínica psicoanalítica es de por sí compleja porque es una clínica del obstáculo, pero en el caso de las adicciones esta *complejidad* se incrementa por todo lo que englobamos bajo el adjetivo, también polisémico, de marginalidad. Esta nominación da cuerpo a figuras sociales, alejadas de las categorías psicoanalíticas, que arrastran concepciones muy teñidas de presupuestos y prejuicios impidiendo advertir la dimensión sintomática que hay en juego, o puede haber, en el accionar adictivo, creando una mayor dificultad a la labor clínica. Esas figuras se fijan en una determinada imagen, que se carga rápidamente de significaciones, motivada por la urgencia clínica, o la social, apresurando el momento de emitir un concepto, una definición.

Los adictos suelen ser portavoces “silenciosos” de un síntoma social, identificados y sancionados por la vigencia de dichas figuras a partir de las cuales son demandados a curarse sin tener ellos motivaciones para hacerlo. A esto se añade el hecho frecuente de que los adictos afirman su posición subjetiva en un antagonismo o desinterés respecto

de las normativas sociales y en particular del valor de la palabra cuando es homologada a sostener un *saber* que presienten que los excluye o del que buscan excluirse porque consideran que no los representa. Ellos mismos lo definen bien: “El lenguaje es –para William Burroughs– un virus llegado del espacio exterior, es decir, es una enfermedad, y toda su vida trató de luchar contra esa enfermedad”<sup>1</sup>. La consecuencia suele ser el rechazo a propuestas como la analítica que permite interrogarse sobre su padecer y su situación de vida, rechazo a servirse del *saber inconsciente* para descubrir allí su verdad. Su interés y su búsqueda no son los de una verdad: buscan aliviar su sufrimiento (constituyéndose la adicción misma en una psicoterapia antagónica) o alcanzar un goce más allá, o más acá, de la intermediación de la palabra, un goce que no engañe, como es frecuente escuchar.

Este mismo rechazo puede llevar al analista a empeñarse en ejercer allí un poder haciendo consistir un saber. Su quehacer se transforma en un medio de coerción social, y en ocasiones lo lleva a excluirlos de su clínica, obturando la posibilidad de escuchar y leer con su escucha. En estas situaciones, la ocasión clínica se torna ineficiente porque se convierte en un campo de lucha de *dos saberes* opuestos que se abroquelan en la sentencia “tú eres eso”, impidiendo así el despliegue de ese rico recurso a la producción metafórica que es el síntoma en transferencia.

Voy a tomar tres referencias de las charlas que Lacan dictó en Ste. Anne<sup>2</sup> tituladas *El saber del psicoanalista*, para poner de relieve el antagonismo que pueden llegar a tener estos dos saberes. Las referencias son:

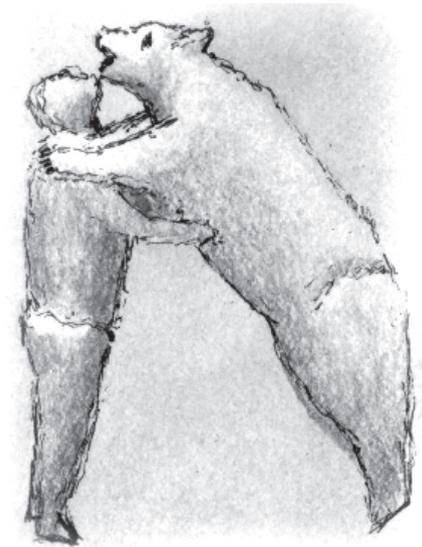
- el saber y la ignorancia
- la cuestión del amor
- el discurso capitalista

## 1. EL PSICOANÁLISIS COMO SABER Y LA IGNORANCIA

El psicoanálisis singulariza su posición respecto del *saber* al sostener una práctica que interroga todo saber constituido, tanto en su clínica como cuando se hace extensiva respecto a otros recursos discursivos. Interrogar no implica desacreditarlos sino encontrar en ellos el sitio donde ese saber está en falta y esto incluye a la misma producción psicoanalítica.

El psicoanálisis pretende sostener una práctica de lectura que... –y cito ya a Lacan en estas charlas– ...implica “el saber de la impotencia [...] una perspectiva que no calificaría de progresiva, es lo que el psicoanálisis podría vehicular”<sup>3</sup>.

Es un *saber* que toma como punto de apoyo y de convocatoria a la ignorancia. Desde allí construyó un saber, es decir, *hay un saber (que puede cristalizar en dogma)*.



1 Roberto Bolaño, *Entre paréntesis*, Editorial Anagrama, Barcelona 2004, p. 148.

2 Jacques Lacan, *El saber del psicoanalista. Charlas en Ste. Anne, 1971-1972*. Inédito, publicación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

3 *Ibid.*, seminario del 4/11/71.

Lacan describe sus aristas esenciales, en particular el eje central al que apunta ese saber: su límite.

1. “El inconsciente, he dicho, está estructurado como un lenguaje, ¿cuál? [...] lenguaje en el que se puede diferenciar el código del mensaje [...], distinción mínima sin la cual no hay lugar para la palabra, [la cual] define el lugar de lo que se llama la verdad”<sup>4</sup>. El entramado simbólico de las marcas fundantes de un sujeto se constituye en un *saber*. El inconsciente es un saber. La clínica pone de relieve el acto de decir, aquel donde un sujeto se hace presente, singularizando una posición respecto de esa determinación simbólica.
2. Esa verdad se alcanza a fuerza de ser interpretada, y “no hay interpretación que no concierna al lazo de lo que, en lo que oyen, se manifiesta en palabra, el lazo de esto con el goce”<sup>5</sup>. El saber concierne a algo que lo excede y a la vez lo funda, el goce.
3. Es por eso que “la insistencia con que el inconsciente nos remite lo que formula, es que [...] nuestra interpretación nunca tiene más que el sentido de hacer notar lo que el sujeto encuentra ahí... el registro del goce”<sup>6</sup>.
4. “¿Dónde yace el goce? ¿Qué hace falta allí? Un cuerpo. Para gozar hace falta un cuerpo...”<sup>7</sup>.
5. “No hay relación sexual [...] no hay porque es imposible escribirla, lo que habría respecto a la relación sexual. [Porque] cuando quieren ponerle la mano encima, si puedo expresarme así, ya no es para nada sexual, se pierde”<sup>8</sup>. “La sexualidad está en el centro, sin duda alguna, de todo lo que sucede en el inconsciente. Pero en el centro en tanto es una falta...”.
6. En esta hiancia, en este desgarró es “donde entra en juego todo lo que se define con el término Faló [...] puesto que en cuanto a definir lo que hay del hombre o de la mujer, lo que el psicoanalista nos muestra, es muy precisamente que es imposible, y que hasta cierto grado nada indica especialmente que sea hacia el compañero del otro sexo al que se dirige su goce [...] Tales son los puntos de verdad y de saber de los que importa escandir lo que respecta al saber del psicoanalista”<sup>9</sup>.

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> *Ibid.*

*Hay un saber sobre la sexualidad que encuentra su apoyo en la lógica fálica como dadora de sentido, que encubre y vela la imposibilidad estructural de saber sobre el sexo y la diferencia sexual, esa imposibilidad que la cita de Kawabata ejemplifica. Entre el saber y lo que lo vela se abre un movimiento articulado que ubicamos en la*

dialéctica entre el saber y la verdad, que es lo que sostiene la búsqueda interrogativa sobre el síntoma. El propósito del quehacer psicoanalítico es hallar esa verdad de la que el saber es carente, y descubrir así en esa verdad una estructura siempre abierta, siempre inconclusa, signo de lo real que toca y que la toca.

Una consecuencia se desprende de esto: que la práctica analítica sólo interviene cuando alguna dimensión discursiva ha adquirido vigencia, por ejemplo en el síntoma de un analizante, vigencia que permite “diferenciar el código del mensaje”<sup>10</sup>.



### La fecundidad de la ignorancia

Una cita:

Y entonces, en fin, se sabe que insistí sobre la diferencia entre saber y verdad. Por lo tanto, si la verdad no es el saber, es que es el no-saber [...] Articulé que esta frontera sensible entre la verdad y el saber, es ahí precisamente que se sostiene el discurso analítico<sup>11</sup>.

Subrayo el énfasis en el no-saber y en la *frontera sensible* que remite a la cuestión del cuerpo, el del analizante y el del psicoanalista.

El primero, el no-saber, vale también para el analizante y para el analista. Es el valor de *la ignorancia* que se llama *docta*. Yo reservo el término de docta para la que es fruto del trabajo analítico, donde fue necesario un fino trabajo artesanal para transformar el dolor de ese “carozo de imposibilidad” en una ocasión creativa y en goce de vivir.

En el inicio del análisis se destaca en cambio *la ignorancia sintomática* que sólo es o será docta si posibilita iniciar un camino donde el síntoma guía porque es signo de la escisión subjetiva. Será fecunda en la medida en que no reniegue de esa escisión y dé cabida a interrogarse sobre ella. Un camino que se emprende desde dos suposiciones o conjeturas: la del analizante que supone un saber en otro, y la del analista que supone un sujeto inherente a la inhibición, al síntoma y a la angustia. El tomar la palabra en el acto de interrogarse y la presencia del cuerpo del analista caracterizan esa “zona sensible entre saber y verdad”, signo de los dos cuerpos que intervienen.

### La ignorancia como pasión

Hay otra dimensión de *la ignorancia* que adquiere la forma y el destino de *la pasión*, blasón de un sostén subjetivo que, paradójicamente, se enarbola como un *saber*. Bajo el dominio de esa pretensión no encontramos un síntoma que interroge sino

<sup>10</sup> *Ibid.*

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 13.

una posición que se adopta o una decisión que se afianza en esa ignorancia como baluarte a defender y que protege del dolor que subyace en esa posición subjetiva. Dolor inherente a la condición humana, particularmente a las vicisitudes del amor y la sexualidad.

Adelanto al modo de una cita que *la toxicomanía es menos una solución al problema sexual y su goce que la huída ante el hecho de plantearse el problema. Se evita la angustia haciendo de la pasión su verdad, que el goce del tóxico ayuda a sostener.*

Esta pasión juega su partida en el terreno del ser, es decir del resguardo narcisista, diferente de lo que la inhibición, el síntoma y la angustia tramitan: la presencia intermitente, tallada en cortes y ensambles, del sujeto del inconsciente, de la presencia del deseo. Es por eso que el *acting-out* y el pasaje al acto son recursos privilegiados para sostener esta posición porque fijan modos de ser que no requieren ser interpretados porque son ya una interpretación.

Es una posición que suele tener también una eficacia negativa, la de hacer consistir el saber del analista enarbolado como una certeza. Entrampado, cae en la misma aporía que el saber psiquiátrico muchas veces no ha podido eludir y que Lacan define así: “el psiquiatra tiene en efecto un servicio social [...] en el que el saber está asociado desde el origen a la idea del poder”<sup>12</sup>. A pesar de que el psicoanálisis se levantó

contra toda definición de la salud mental que se amparara en esta construcción hecha de una apariencia, que por estar enganchada al órgano-dinamismo no dejaba menos enteramente de lado aquello de lo que se trata en la segregación de la enfermedad mental, a saber algo que es otra cosa, que está ligado a un cierto discurso, el que designo como discurso del Amo<sup>13</sup>.

La escena analítica adquiere entonces la pregnancia de la lucha del amo y el esclavo. La referencia a la posición del amo lleva a detallar la variante que produjo el discurso capitalista, pero antes la referencia al amor, ya que “todo orden, todo discurso que se entronca en el capitalismo, deja de lado lo que llamaremos simplemente las cosas del amor, amigos míos. Ven eso, ¿eh? ¡No es poca cosa!”<sup>14</sup>.

## 2. EL AMOR Y EL MURO

La palabra configura el muro que acota y mediatiza el encuentro entre el hombre y la mujer, tanto el de estos con el mundo y, en definitiva, el del ser humano consigo mismo. La palabra es medio y es también muro. Sólo la dialectización propia de lo discursivo, no ajena a la dimensión del amor ya que requiere de la presencia de ese

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> *Op. cit.*, seminario del 6/1/72.

<sup>14</sup> *Ibid.*

otro que es el semejante, permite significar la palabra como diafragma y no como un muro infranqueable en la medida en que si bien corta y separa a la vez articula. Por eso concluye Lacan: “entre el hombre y el muro, justamente está el amor, la carta de amor”<sup>15</sup>.

El discurso, que es lazo social, brinda salida a la aporía de una situación que, de no dialectizarse, se extrema entre la resignación por lo irrecuperable de un goce perdido o la inevitable transgresión como única vía de acceso a él. Dilema en el que queda entrapada tanto la lógica fálica como la encerrona de la posición adicta.

La desestimación del amor impide articular deseo y goce porque quiebra la “zona sensible” impidiendo la vigencia, vía transferencia, de aquello que puede posibilitar el discurso del analista: el rescate de la dimensión del síntoma y de la ignorancia como síntoma. La desestimación del otro, del cuerpo y de la palabra promueven la vigencia de un deseo “loco”, maníaco, una metonimia sin límites que adquiere la forma del consumo.

### 3. LAS ADICCIONES, EL SABER Y EL DISCURSO CAPITALISTA

Los cuatro discursos constituyen un dispositivo de lectura que articula la palabra con el goce y permite dar cuenta de la interdependencia que una posición subjetiva tiene respecto del poder, del lugar del objeto y de la dimensión del goce, perdido por la vigencia de la palabra y que retorna en el deseo. La configuración discursiva despliega el “lazo entre la palabra y el goce” porque la palabra en su despliegue lo rememora y actualiza.

Los cuatro discursos son pensables como formas posibles de no-ser, o donde el ser, como pretensión narcisista, encuentra el límite que la castración pone en evidencia.

El capitalista es una variante del Discurso Amo y resulta interesante constatar las vacilaciones de Lacan en ubicarlo como dimensión discursiva. Lo refiere como una variante “astuta” del discurso amo, una astucia referida a un recurso yoico capaz de asociarse con los resortes del poder del amo, o del que el amo se apoderó.

Lo que distingue el discurso capitalista es esto: la *verwerfung*, el rechazo fuera de todos los campos de lo Simbólico, con lo que ya dije que tiene como consecuencia: ¿el rechazo de qué? De la castración<sup>16</sup>.

La *verwerfung* le confiere el formato de una posición perversa que tampoco tiene dimensión discursiva propia sino una acción que pone en escena un posicionarse respecto del goce que reniega de la dimensión discursiva aunque sea subsidiaria de esta. Es ese goce que no se atreve –o reniega– a decir su nombre.



15 *Ibid.*

16 *Ibid.*

Oswaldo Couso (en comunicación personal) aventura la hipótesis de que este discurso es “la forma que adquiere el del amo cuando su movimiento lo lleva a atravesar un límite que desanuda todas las características propias del discurso mismo”. Introduce así un exceso que violenta la estructura discursiva respecto del cual el acto adictivo se constituye en un recurso que busca ser eficaz como un modo no simbólico de resguardo y control, o su opuesto, extremando la prolongación de ese goce.

Cuando las adicciones estabilizan una posición subjetiva, es decir, cuando son algo más que el consumo transitorio, se sostienen en el logro de un goce autoerótico que al enarbolar el rechazo de lo discursivo enfatizan al mismo tiempo la rigidez del “muro” entre palabra y goce. Antagonismo explícito en el cuestionamiento de la lógica fálica que la palabra sostiene, denunciando su pretensión hegemónica, rechazo “razonable” cuando esta lógica no quedó mediatizada por la articulación de los tres registros, ni la dialéctica discursiva.

La práctica del psicoanálisis queda cuestionada cuando se erige con la pretensión de un saber hegemónico sobre la sexualidad y la subjetividad... o las adicciones. Este rechazo, sin embargo, arrastra la función de la castración que es el nombre dado al enigma y a lo angustiante de la sexualidad. Lo fálico intenta dar un sentido, ésa es su virtud, a la falta de sentido, y ése es su engaño. Cuestionarlo, como lo hace la política o el saber del adicto, tiene dos consecuencias: lo positivo de denunciar el exceso hegemónico de lo simbólico, y lo negativo de renegar de aquello que esta lógica pone en evidencia: lo real del “no hay relación sexual”, que es lo *intolerable que anida...*

Muchas propuestas terapéuticas respecto de las adicciones promueven una intervención que está lejos de este sentido dado a la castración y se acercan mucho más a una propuesta de destete, supliendo una privación que no fue o que se produjo a medias. Estas propuestas privilegian la relación del sujeto con el objeto oral, una relación que oscila entre la perpetua demanda y la angustia por el agotamiento del pecho, que equivale a la falta del Otro materno, fantasmática común a los adictos como a las anorexias y las bulimias. La búsqueda de privación como destete pretende introducir una “necesidad de discurso”, pero cuando no queda significado por la palabra sólo reproduce la insistencia de la demanda originada en la misma privación, o bien la angustia y la resignación melancólica.

El *recurso adictivo* cuando queda capturado en la encerrona entre la privación y la eterna demanda impide el acceso a la problemática sexual, birlándole el derecho a esas preguntas que posibilitan un posicionamiento subjetivo. De allí que la “pasión por la ignorancia” se erige como barrera que impide el surgimiento de una *demanda de saber*. Esa imposibilidad de crear una *necesidad de discurso* queda reemplazada por otras prácticas: la de un consumo que llega hasta a identificarlo, la de ser demandado

por el medio social a lo cual, en general, se prestan gustosos aunque casi siempre bajo protesta, o la de consolidar un saber “técnico” y una ideología sobre el uso de las drogas.

La adicción no suele constituirse, en sí misma, como un síntoma en su “valor de verdad”<sup>17</sup> –o es sólo un síntoma *prêt-à-porter*– sino como una posición subjetiva refrendada por un nombre que equivale a un ser. Aquí los efectos de verdad de la palabra carecen de asidero o de sentido. El acto adictivo no deviene síntoma sino en una experiencia subjetiva que no da lugar a introducir allí ni una duda, ni una pregunta ni una incógnita, sino que produce un vocabulario propio y un saber no ajeno al de la tecnociencia, de la que en cierto modo es subsidiaria. No es una experiencia de lenguaje sino una modificación de conciencia, un despliegue perceptivo de sensaciones y un profundo trastorno de las significaciones vividas en el cuerpo y en el mundo, por esto mismo se constituye en una suerte de *recurso terapéutico*.

### La esencia del discurso capitalista

El discurso capitalista es aquel al cual “el discurso analítico todavía no fue capaz de darle ni siquiera un esbozo de articulación...”<sup>18</sup>. Esta modalidad de discurso “es un accionar que se afianza en su pretensión de constituirse como un saber sobre el objeto, haciéndolo extensivo a un saber sobre el deseo”. Esa pretensión es “equiparar [el objeto de consumo, la mercancía] con el objeto a, aquel que sostiene el deseo”<sup>19</sup> de todo ser parlante determinado por las leyes de lo simbólico, por las leyes significantes.

Pretende un saber sobre aquello que es por esencia lo inasimilable, el obstáculo perpetuo, lo indecible, el límite mismo del saber, un saber sobre lo que todo el mundo necesita, quiere y desea. No debe haber misterio sobre ese objeto, para poder inducir efectos buscados, para mantener a un sujeto sujetado como objeto de uso de la demanda del Otro social. Esto explica, hasta cierto punto, por qué el adicto escapa a la categorización clínica en la que nos movemos: en parte porque es funcional a distintas categorías clínicas, y en particular porque esas categorías en psicoanálisis (y no sólo aquí) se configuran en el interjuego de lo discursivo y del saber inconsciente. *La posición adictiva* es desubjetivante cuando entrevera la sumisión a la lógica del consumo con un rechazo y una marginación que se asume como propia y que lo transforma en un resto, en un desecho que, paradójicamente, resulta útil para que el sistema funcione y se consolide como tal.

Al rechazar la palabra del Otro por mentirosa, éste queda más presente que nunca como voz y como mirada. El adicto se resiste a quedar subordinado a la



<sup>17</sup> *Ibid.*, clase del 2/12/71.

<sup>18</sup> *Ibid.*, clase del 6/1/72.

<sup>19</sup> *Ibid.*, clase del 3/2/72.

lógica de la palabra, vivida como borde infranqueable de un encierro melancólico, intentando salir de allí en busca de un hedonismo maniaco que va más allá del placer e incluso del resguardo de la conservación de la vida. Así, el objeto droga no es causa de deseo sino un medio de goce cercano a la premura y a la desubjetivación de la necesidad, perdiendo su enigma y sus marcas subjetivas Su función *terapéutica* apunta a neutralizar la melancolía de quien queda aplastado por la imposibilidad de goce, o bien por la angustia de no poder salir de ese temor. Surge así en forma insistente algo que adquiere casi el rango de pulsión –una suerte de mixtura de necesidad y de capricho yoico– anulando la presencia de la demanda del Otro, del que brinda el recurso de la palabra, pero no así el del goce al que queda remitido y referido.

## REFERENCIAS

BOLAÑO, ROBERTO, *Entre paréntesis*, Editorial Anagrama, Barcelona 2004.

LACAN, JACQUES, *El saber del psicoanalista. Charlas en Ste. Anne, 1971-1972*. Inédito, publicación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

